

## **DOMINGO QUINTO DE CUARESMA**

1ª lectura (Ezequiel 37, 12-14): *Pondré mi espíritu en vosotros.*

Salmo (129, 1b-8): *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa»*

2ª lectura (Romanos 8, 8-11): *Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu.*

Evangelio (Juan 11, 1-45): *Yo soy la resurrección y la vida.*

Este evangelio, como pocos, nos muestra los sentimientos del Señor. Primero, en el recado que le mandan a Jesús: “Señor, tu amigo está enfermo”. Jesús al enterarse dijo: **«Esta enfermedad no es para muerte, sino para honra de Dios»**. Luego por la mano del narrador se nos dice que Jesús amaba a Marta, María y a Lázaro. No son unos desconocidos para Jesús, son amigos muy especiales a los que él amaba.

La noticia de la enfermedad de su amigo Lázaro le hace a Jesús ponerse en camino hacia Betania, más sus discípulos tratan de disuadirlo: “Maestro, hace bien poco que los judíos intentaron apedrearte; ¿cómo es posible que quieras volver allá?”, no entienden que Jesús quiera poner en peligro su vida. No sé si temen por la vida de Jesús o más bien por la suya propia. El hecho es que Tomás, pese a todo, pese a sus dudas, se envalentona e invita a los demás a subir y asumir los riesgos del viaje, acompañarán a Jesús. Tampoco entienden bien qué es lo que le sucede a Lázaro. Pero Jesús no los lleva a experimentar la muerte, sino a experimentar la victoria de la vida sobre la muerte: **«Lázaro ha muerto. Me alegro por vosotros de no haber estado allí para que tengáis fe»**.

Cuando llega con los suyos a Betania, salen a su encuentro las hermanas y Marta le dice: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Esta súplica se la dijo Marta, se la dijo también María, y con otras palabras lo dirían sus amistades y quizás también los discípulos pensarían lo mismo y me parece que lo decimos nosotros más de una vez. Jesús al ver su dolor se conmovió, se estremeció. Y se echó a llorar.

Estas lágrimas de Jesús nos muestran a ese Dios al que el dolor y el sufrimiento humano no le son ajenos. Marta y María: ambas hermanas reprocharán a Jesús la muerte de su hermano. Jesús no se enfada con ellas. Respeta el dolor humano ante la muerte de un ser querido, Dios siempre lo hace. Sin embargo, después de esa expresión del dolor y la impotencia, Marta hará una confesión de fe: **«Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios»**.

Una vez levantada la losa del sepulcro Jesús, conmovido hasta las lágrimas, da gracias al Padre, que siempre le escucha, y el desenlace del episodio no es la vida restablecida para Lázaro o la alegría de las hermanas, sino la fe de muchos judíos que habían ido a acompañar a Marta y María en su duelo. Así queda resaltado que es el poder de Dios, que ama al hombre, el que posibilita el milagro.

Entendemos todos muy bien el dolor de Marta y María ante la muerte de su hermano. Pero este largo relato quiere desembocar en estas palabras de Jesús: **«Yo soy la resurrección y la vida...»**. Dios no es solo quien nos puede consolar ante la muerte de un ser querido, Dios es la vida, en Él está la vida. Quien cree en Él nunca morirá. No debemos olvidar nunca esta verdad de nuestra fe. En ella se juega el sentido de toda nuestra existencia.

Acabamos de leer el relato de la resurrección de Lázaro, que es el último signo (los sinópticos utilizan el término «milagro») que Jesús va a realizar en su ministerio público según el evangelio de Juan. Conviene, como punto de partida, recordar que Jesús no actúa como un mago poderoso sino como el hijo de Dios que con este signo persigue solo que sea glorificado el buen nombre del Creador. Jesús no solo resucitó a Lázaro, sino que rehízo también la vida de los que le rodeaban.

Dios, a través de su profeta, ya había anunciado a los habitantes de su pueblo que estaban desterrados que los haría salir de sus sepulcros, les infundiría su espíritu y así les daría vida: **«Y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago»**. Es la misma fe que canta el salmista que se descubre sumido en el abismo de sus pecados, consciente de que el mero recuerdo de sus culpas le impide todo acceso a la salvación. Pero, en su oración dice al Señor: “De ti procede el perdón, y por eso con amor te veneramos”. Confía, espera, aguarda su misericordia y su redención: **«Perdónanos, Señor, y viviremos»**.

La Sagrada Escritura nos habla de una vida que comienza desde ahora gracias a la fe y la confianza, a la esperanza y el amor con que los creyentes nos afianzamos en Dios. Es con esa fe con la que podemos dejar a nuestros seres queridos difuntos en las manos del Padre, aunque su partida nos duela. Pero no se trata solo de esperar la resurrección de los muertos y la vida eterna, como recitamos en el Credo, sino de esforzarnos desde la misma fe por vivir desde ahora en plenitud y por generar vida para todos.

El Espíritu del Padre resucitó a Jesús de entre los muertos, nos recuerda Pablo, y ese Espíritu habita en nosotros: Habita en los niños que juegan y ríen. Habita en los jóvenes que sueñan y aman. Habita en quienes estudian y trabajan. Habita en las mujeres, transmisoras de alegría, de vida y de fe. Habita en los sanos y en los enfermos, en los pobres y necesitados, en todos los que llevan una vida conforme al Espíritu.

La muerte hace su trabajo todo el tiempo, y avanza implacable hasta consumir su labor. Sin embargo, no nos acostumbramos a la muerte porque amamos la vida. ¡Somos seres para la vida! Ya no podemos decirle a Jesús: “Si hubieras estado aquí...”, por la sencilla razón de que sabemos que **¡ÉL ESTÁ AQUÍ!**